

Ninguno de los dos contestó. Bautista comenzó á bajar despacio. Martín se tendió en la muralla.

—¿Quién vive?—volvió á gritar el centinela.

Martín nada dijo; sonó un disparo y una bala pasó por encima de su cabeza. Afortunadamente, el centinela estaba lejos. Cuando Bautista descendió, Martín comenzó á bajar. Tuvo la suerte de que la cuerda no se deslizase. Bautista le esperaba con el alma en un hilo. Había movimiento en la muralla; cuatro ó cinco hombres se asomaron á ella y Martín y Bautista se escondieron tras de los árboles del paseo que circundaba el pueblo. Lo malo era que aclaraba cada vez más. Fueron pasando de árbol á árbol, hasta llegar cerca del cementerio.

—Ahora no hay más remedio que echar á correr á la descubierta—dijo Martín.—A la una... á las dos... Vamos allá.

Echaron los dos á correr. Sonaron varios tiros. Ambos llegaron ilesos al cementerio. De aquí ganaron pronto el camino de Logroño. Ya fuera de peligro, miraron hacia atrás. El pañuelo seguía en la muralla ondeando al viento. Briónes y sus amigos recibieron á Martín y á Bautista como á héroes.

Al día siguiente, los carlistas abando-

naron Laguardia y se refugiaron en Peñacerrada. La población enarboló bandera de parlamento; y el ejército, con el general al frente, entraba en la ciudad.

Por más que Martín y Bautista preguntaron en todas las casas, no encontraron á Catalina.

LIBRO TERCERO

Las últimas aventuras



CAPITULO I

LOS RECIÉN CASADOS ESTÁN CONTENTOS

CATALINA no fué inflexible. Pocos días después, Martín recibió una carta de su hermana. Decía la Ignacia que Catalina estaba en su casa, en Zaro, desde hacía algunos días. Al principio no había querido oír hablar de Martín, pero ahora le perdonaba y le esperaba.

Martín y Bautista se presentaron en Zaro inmediatamente y los novios se reconciliaron.

Se preparó la boda. ¡Qué paz se disfrutaba allí, mientras se mataban en España! La gente trabajaba en el campo. Los domingos, después de la misa, los aldeanos endomingados, con la cha-

queta al hombro, se reunían en las sidrerías y en los juegos de pelota; las mujeres iban á la iglesia con un capuchón negro que rodeaba su cabeza. Catalina cantaba en el coro y Martín le oía, como en la infancia cuando en la iglesia de Urbia entonaba el Aleluya.

Se celebró la boda, con la posible solemnidad, en la iglesia de Zaro y luego la fiesta en la casa de Bautista.

Hacia todavía frío y los aldeanos amigos se reunieron en la cocina de la casa que era grande, hermosa y limpia. En la enorme chimenea redonda se echaron montones de leña, y los invitados cantaron y bebieron hasta bien entrada la noche, al resplandor de las llamas. Los padres de Bautista, dos viejecitos arrugados, que hablaban sólo vascuence, cantaron una canción monótona de su tiempo, y Bautista lució su voz y su repertorio completo y cantó una canción en honor de los novios:

Ezcon berriyac
 pozquidac dandé
 pozquidac dandé
 eguin diralaco gaur
 alcarren jabé
 llizan.

(Los recién casados están muy alegres porque hoy se han hecho dueños, uno de otro, en la iglesia).

La fiesta acabó, con la mayor alegría, á la media noche en que se retiraron todos.

Pasada la luna de miel, Martín volvió á las andadas, No paraba, iba y venía de España á Francia sin poder reposar.

Catalina deseaba ardientemente que acabara la guerra é intentaba retener á Martín á su lado.

—¿Pero qué quieres más?—le decía.—
 ¿No tienes ya bastante dinero? ¿Para qué exponerte de nuevo?

—Si no me expongo—replicaba Martín. Pero no era verdad, tenía ambición, amor al peligro y una confianza ciega en su estrella. La vida sedentaria le irritaba.

Martín y Bautista dejaban solas á las dos mujeres y se iban á España. Al año de casada, Catalina tuvo un hijo, al que llamaron José Miguel, recordando Martín la recomendación del viejo Tella-gorri.



CAPITULO II

EN EL CUAL SE INICIA LA DESHECHA

Con la proclamación de la Monarquía en España, comenzó el deshielo en el campo carlista.

La batalla de Lácar, perdida de una manera ridícula por el ejército en presencia del nuevo Rey, dió algunos alientos á los carlistas, pero á pesar del triunfo y del botín la causa del Pretendiente iba de capa caída.

La batalla de Lácar no hizo más que enriquecer el repertorio de las canciones de la guerra con una copla que más que para soldados parecía escrita para el

coro de señoras de una zarzuela y que decía así:

En Lácar, chiquillo,
Te viste en un tris;
Si don Carlos te dá con la bota
Como una pelota,
Te envía á París.

Era difícil, al oír esta canción, no pensar en unas cuantas coristas balanceando voluptuosamente las caderas.

Los carlistas hablaban ya de traición. Con el fracaso del sitio de Irún y con la retirada de don Carlos, los curas navarros y vascongados empezaron á dudar del triunfo de la causa. Con la proclamación de Sagunto la desconfianza cundió por todas partes.

—Son primos y ellos se entienden—decían los desconfiados, que eran legión.

Algunos que habían oído hablar de un don Alfonso hermano de don Carlos, creían que á este don Alfonso le habían hecho rey.

Los ambiciosos de los pueblos veían que todas las clases ricas se inclinaban á favor de la monarquía liberal.

Los generales alfonsinos después de hecho su agosto y ascendido en su carrera todo lo posible, encontraban que era una estupidez continuar la guerra durante más tiempo; habían matado la República que ciertamente por estólida

merecía la muerte; el nuevo Gobierno les miraba como vencedores, pacificadores y héroes.

¡Qué más podían desear!

En el campo carlista comenzaba la *Deshecha*. Ya se podía andar por las carreteras sin peligro; el carlismo seguía por la fuerza de la inercia, defendido por las armas débilmente y atacado más débilmente todavía. La única arma que se blandía de veras era el dinero.

Martín, viendo que no era difícil recorrer los caminos, tomó su cochecito y se dirigió hacia Urbide una mañana de invierno.

Todos los fuertes permanecían silenciosos, mudas las trincheras carlistas; ni una detonación, ni una humareda cruzaban el aire. La nieve cubría el campo con su mortaja blanca bajo el cielo entoldado y plumizo.

Antes de llegar á Urbia á un lado y á otro se veían casas de campo derrumbadas, fachadas con las ventanas tapiadas y rellenas de paja, árboles con las ramas rotas, zanjas y parapetos por todas partes.

Martín entró en Urbia. La casa de Catalina estaba destrozada; con los techos atravesados por las granadas, las puertas y ventanas cerradas herméticamente, ofrecía el hermoso caserón un aspecto lamentable; en la huerta abandonada,

las lilas mostraban sus ramas rotas, una de las más grandes de un magnífico tilo, desgajada, llegaba hasta el suelo. Los rosales trepadores de los troncos antes tan lozanos se veían marchitos.

Subió Martín por su calle á ver la casa en donde nació.

La escuela estaba cerrada; por los cristales empolvados se veían los cartelones con letras grandes y los mapas colgados de las paredes. Cerca del caserío de Zalacaín había una viga de madera de la que colgaba una campana.

—¿Para qué sirve esto?—preguntó á un mendigo que iba de puerta en puerta.

—Era para el vigía. Cuando notaba un fognazo tocaba la campana para avisar á la gente de la parte baja.

Entró Martín en el caserío Zalacaín. El tejado no existía; sólo quedaba un rincón de la antigua cocina con cubierta. Bajo este techo, entre los escombros, había un hombre sentado escribiendo y un chiquillo ocupado en cuidar varios pucheros.

—¿Quién vive aquí?—preguntó Martín,

—Aquí vivo yo—contestó una voz.

Martín quedó atónito. Era el extranjero. Al verse se estrecharon las manos afectuosamente.

—¡Lo que dió Vd. que hablar en Estella!—dijo el extranjero.—¡Qué golpe

aquél más admirable! ¿Cómo se escaparon Vdes.?

Martín contó la historia de su escapatoria y el periodista fué tomando notas.

—Puedo hacer una crónica admirable—dijo.

Luego hablaron de la guerra.

—¡Pobre país!—dijo el extranjero.— ¡Cuánta brutalidad! ¡cuánto absurdo! ¿Se acuerda Vd. del pobre Haussonville que conocimos en Estella?

—Sí.

—Murió fusilado. ¿Y del Corneta de Lasala y de Prascu que fueron de los que nos persiguieron cerca de Hernani?

—Sí.

—Esos dos habían salvado al cabecilla Monserrat de la muerte. ¿Sabe usted quién los ha fusilado?

—¿Pero los han fusilado?

—Sí, el mismo Monserrat, en Ormaiztegui.

—¡Pobre gente!

—A otro, llamado Anchusa, de la partida del Cura, debía Vd. también conocer...

—Sí, lo conocía.

—A ese lo mandó fusilar Lizarraga. Y á Egozcue el Jabonero, el lugarteniente del Cura...

—¿También lo fusilaron?

—También. A Egozcue le debía el Cura la única victoria que consiguió en Usurbil cuando defendieron una ermita contra los liberales; pero tenía celos de él y además creía que le hacía traición, y lo mandó fusilar.

—Si esto sigue así no vamos á quedar nadie.

—Afortunadamente ya ha comenzado la *deshecha* como dicen por ahí—contestó el Extranjero.—¿Y Vd. á que ha venido aquí?

Martín dijo que él era de Urbia, así como su mujer, y contó sus aventuras desde el tiempo en que había dejado de ver al Extranjero. Comieron juntos y por la tarde se despidieron.

—Todavía creo que nos volveremos á ver—dijo el Extranjero.

—Quien sabe. Es muy posible.



CAPÍTULO III

EN DONDE MARTÍN COMIENZA Á TRABAJAR
POR LA GLORIA

EN la época de las nieves, un general audaz que venía de muy lejos intentó envolver á los carlistas por el lado del Pirineo, y saliendo de Pamplona avanzó por la carretera de Elizondo; pero al ver el alto de Velate defendido y atrincherado por los carlistas, se retiró hacia Enguí y luego tomó por el puerto de Olaberri, próximo á la frontera por entre bosques y sendas malísimas; y perdidos sus soldados en los bosques llegaron después de dos días y tres noches al Baztan.

La imprudencia era grande pero aquel general tuvo suerte, porque si la terrible nevada que cayó al día siguiente de es-

tar el ejército en Elizondo cae antes, hubieran quedado la mitad de las tropas entre la nieve.

El general pidió víveres á Francia y gracias á la ayuda del país vecino pudo dar de comer á su gente y preparar alojamiento.

Martín y Bautista se hallaban en relación con una casa de Bayona y fueron á Añoa con sus carros.

Añoa está á un kilómetro próximamente de la frontera en donde se halla establecida la aduana española de Daucharinea.

Aquel día una porción de gente de la frontera francesa se asómó á Añoa. La carretera estaba atestada de carromatos, carretas y ómnibus que conducían al valle del Baztan para las tropas fardos de zapatos, sacos de pan, cajones de galleta de Burdeos, esparto para las camas, barriles de vino y de aguardiente.

El camino estaba intransitable y lleno de barro. Además de todo aquel convoy de mercancías consignado al ejército, hallábanse otros coches atiborrados de géneros que algunos comerciantes de Bayona llevaban á ver si vendían al por menor.

Había también cerca del puente sobre el riachuelo Ugasona una porción de cantineros con sus cestas, frascos y cachivaches.

Martín con su mujer y Bautista con la suya se acercaron á Añoa y se alojaron en la venta. Catalina quería ver si obtenía noticias de su hermano.

En la venta preguntaron á un muchacho desertor carlista, pero no supo darles ninguna razón de Carlos Ohando.

—Si no está en Peñaplata irá camino de Burguete—les dijo.

Se encontraban á la puerta de la venta Martín y Bautista cuando pasó envuelto en su capote Briones, el hermano de Rosa Briones. Le saludó á Martín muy afectuoso y entró en la venta. Vestía uniforme de comandante y llevaba cordones dorados como los ayudantes de los generales.

—He hablado mucho de Vd. á mi general—le dijo á Martín.

—¿Si?

—Ya lo creo. Tendría mucho gusto en conocer á usted. Le he contado sus aventuras. ¿Quiere usted venir á saludarle? Tengo ahí un caballo de mi asistente.

—¿Dónde está el general?

—En Elizondo. ¿Viene usted?

—Vamos.

Advirtió Martín á su mujer que se marchaba á Elizondo; montaron Briones y Zalacaín á caballo y charlando de muchas cosas llegaron á la villa que es el centro del valle del Baztan. El general

se alojaba en un palacio de la plaza; á la puerta dos oficiales hablaban.

Le hizo pasar Briones á Martín al cuarto en donde se encontraba el general. Éste, sentado á una mesa donde tenía planos y papeles, con una gorra de cuartel, fumaba un cigarro puro y discutía con varias personas.

Presentó Briones á Martín y el general después de estrecharle la mano le dijo bruscamente:

—Me ha contado Briones sus aventuras. Le felicito á Vd.

—Muchas gracias, mi general.

—Conoce Vd. toda esta zona de mugas de la frontera que domina el valle del Baztan?

—Sí, como mi propia mano. Creo que no habrá otro que las conozca tan bien.

—¿Sabe Vd. los caminos y las sendas?

—No hay más que sendas.

—¿Hay sendero para subir á Peñaplata por el lado de Zugarramurdi?

—Lo hay.

—¿Pueden subir caballos?

—Sí, fácilmente.

El general discutió con Briones y con el otro ayudante. Él había tenido el proyecto de cerrar la frontera é impedir la retirada á Francia del grueso del ejército carlista, pero era imposible.

—Usted ¿qué ideas políticas tiene?— preguntó de pronto el general á Martín.

—Yo, he trabajado para los carlistas, pero en el fondo creo que soy liberal.

—¿Querría Vd. servir de guía á la columna que subirá mañana á Peñaplata?

—No tengo inconveniente.

El general se levantó de la silla en donde estaba sentado y se acercó con Zalacaín á uno de los balcones.

—Creo—le dijo—que actualmente soy el hombre de más influencia de España. ¿Qué quiere Vd. ser? ¿No tiene Vd. ambiciones?

—Actualmente soy casi rico, mi mujer lo es también...

—¿De dónde es Vd?

—De Urbia.

—¿Quiere Vd. que le nombremos alcalde de allá?

Martín reflexionó.

—Sí, eso me gusta—dijo.

—Pues cuente Vd. con ello. Mañana por la mañana hay que estar aquí.

—¿Van á ir las tropas por Zugarramurdi?

—Sí.

—Yo les esperaré en la carretera junto al alto de Uaya.

Martín se despidió del general y de Briones, y volvió á Añoa para tranquilizar á su mujer. Contó á Bautista su conversación con el general; Bautista se lo dijo á su mujer y ésta á Catalina.

A media noche se preparaba Martín á

montar á caballo, cuando se presentó Catalina con su hijo en brazos.

—¡Martín! ¡Martín!—le dijo sollozando—me han asegurado que quieres ir con el ejército á subir á Peñaplata.

—¿Yo?

—Sí.

—Es verdad. ¿Y eso te asusta?

—No vayas. Te van á matar, Martín. ¡No vayas! ¡Por nuestro hijo! ¡Por mí!

—Bah, ¡tonterías! ¡Qué miedo puedes tener! Si he estado otras veces solo, ¿qué me va á pasar, yendo en compañía de tanta gente?

—Sí, pero ahora no vayas, Martín. La guerra se va á acabar en seguida. Que no te pase algo al final.

—Me he comprometido. Tengo que ir.

—¡Oh! Martín—sollozó Catalina.—Tú eres todo para mí, yo no tengo padre, ni madre, ni tengo hermano, porque el cariño que pudiese tenerle á él lo he puesto en tí y en tu hijo. No vayas á dejarme viuda, Martín.

—No tengas cuidado. Estáte tranquila. Mi vida está asegurada, pero tengo que ir. He dado mi palabra...

—Por tu hijo...

—Sí, por mi hijo también... No quiero que andando el tiempo puedan decir de él: Este, el hijo de Zalacaín que dió su palabra y no la cumplió por miedo; no, si dicen algo que digan: Este es Miguel

Zalacaín, el hijo de Martín Zalacaín, tan valiente como su padre... No. Más valiente aun que su padre.

Y Martín, con sus palabras, llegó á infundir ánimo en su mujer, acarició al niño que le miraba sonriendo desde el regazo de su madre, abrazó á ésta y montando á caballo desapareció por el camino de Elizondo.



CAPÍTULO IV

LA BATALLA CERCA DEL MONTE AQUELARRE

MARTÍN llegó al alto de Uaya al amanecer, subió un poco por la carretera y vió que venía la tropa. Se reunió con Briones y ambos se pusieron á la cabeza de la columna.

Al llegar á Zugarramurdi comenzaba á clarear. Sobre el pueblo las cimas del monte, blancas y pulidas por la lluvia, brillaban con los primeros rayos del sol.

De esta blancura de las rocas procedía el nombre del monte Arrizuri (piedra blanca) en vasco y Peñaplata en castellano.

Martín tomó el sendero que bordea un torrente. Una capa de arcilla humedecida cubría el camino por el cual los

caballos y los hombres se resbalaban. El sendero tan pronto se acercaba á la torrentera llena de malezas y de troncos podridos de árboles como se separaba de ella. Los soldados caían en este terreno resbaladizo.

A cierta altura, el torrente era ya un precipicio por cuyo fondo, lleno de matorrales, se precipitaba el agua brillante.

Mientras marchaban Martín y Briones á caballo, fueron hablando amistosamente. Martín felicitó á Briones por sus ascensos.

—Sí, no estoy descontento—dijo el comandante—pero Vd., amigo Zalacaín, si sigue así, si en estos años adelanta usted lo que ha adelantado en estos cinco pasados, va Vd. á llegar donde quiera.

—¿Creerá Vd. que yo ya no tengo casi ambición?

—¿No?

—No. Sin duda eran los obstáculos los que me daban antes bríos y fuerza, el ver que todo el mundo se plantaba á mi paso para estorbarme. Que uno quería vivir; el obstáculo; que uno quería á una mujer y la mujer le quería á uno; el obstáculo también. Ahora no tengo obstáculos y ya no sé que hacer. Voy á tener que inventarme otras ocupaciones y otros quebraderos de cabeza.

—Es Vd. la inquietud personificada, Martín—dijo Briones.

—¿Qué quiere Vd.? He crecido salvaje como las hierbas y necesito la acción, la acción continua. Yo, muchas veces pienso que llegará un día en que los hombres podrán aprovechar las pasiones de los demás en algo bueno.

—¿También es Vd. soñador?

—También.

—La verdad es que es Vd. un hombre pintoresco, amigo Zalacaín.

—Pero la mayoría de los hombres son como yo.

—Oh, no. La mayoría somos gente tranquila, pacífica, un poco muerta.

—Pues yo estoy vivo, eso sí; pero la misma vida que no puedo emplear se me queda dentro y se me pudre. Sabe usted, yo quisiera que todo viviese, que todo comenzara á marchar, no dejar nada parado, empujar todo al movimiento, hombres, mujeres, negocios, máquinas, minas, nada quieto, nada inmóvil...

—Extrañas ideas—murmuró Briones.

Concluía el camino y comenzaban las sendas á dividirse y á subdividirse, escalando la altura.

Al llegar á este punto, Martín avisó á Briones que era conveniente que sus tropas estuviesen preparadas, pues al final de estas sendas se encontrarían en

terreno descubierto y desprovisto de árboles.

Briones mandó á los tiradores de la vanguardia preparasen sus armas y fueran avanzando despacio en guerrilla.

—Mientras unos van por aquí—dijo Martín á Briones—otros pueden subir por el lado opuesto. Hay ahí arriba una explanada grande. Si los carlistas se parapetan entre las rocas van á hacer entre las tropas una mortandad terrible.

Briones dió cuenta al general de lo indicado por Martín, y aquel ordenó que medio batallón fuera por el lado indicado por Martín. Mientras no oyeran los tiros del grueso de la fuerza no debían atacar.

Zalacaín y Briones bajaron de sus caballos y tomaron por una senda, y durante un par de horas fueron rodeando el monte, marchando entre helechos.

—Por aquí, en una calvera del monte, en donde hay como una plazuela formada por hayas—dijo Martín—deben tener centinelas los carlistas; sino por ahí podemos subir hasta los altos de Peñaplata sin dificultad.

Al acercarse al sitio indicado por Martín, oyeron una voz que cantaba. Sorprendidos, fueron despacio acortando la distancia.

—No serán las brujas—dijo Martín.

—¿Por qué las brujas? —preguntó Briones.

—¿No sabe Vd. que estos son los montes de las brujas? Aquél es el monte Aquelarre—contestó Martín.

—¿El Aquelarre? ¿Pero existe?

—Sí.

—¿Y quiere decir algo en vascuence, ese nombre?

—¿Aquelarre?... Sí, quiere decir Prado del macho cabrío.

—¿El macho cabrío será el demonio?

—Probablemente.

La canción no la cantaban las brujas, sino un muchacho que en compañía de diez ó doce estaban calentándose alrededor de una hoguera.

Uno cantaba canciones liberales y carlistas los otros.

No habían comenzado á oírse los primeros tiros, y Briones y su gente esperaron tendidos entre los matorrales.

Martín sentía como un remordimiento al pensar que aquellos alegres muchachos iban á ser fusilados dentro de unos momentos.

La señal no se hizo esperar y no fué un tiro, sino una serie de descargas cerradas.

—¡Fuego!—gritó Briones.

Tres ó cuatro de los cantores cayeron á tierra y los demás, saltando entre breñales, comenzaron á huir y á disparar.

La acción se generalizaba; debía de ser furiosa á juzgar por el ruido de fusilería. Briones, con su tropa, y Martín subían por el monte á duras penas. Al llegar á los altos, los carlistas, cogidos entre dos fuegos, se retiraron.

La gran explanada del monte estaba sembrada de heridos y de muertos. Iban recogiénolos en camillas. Todavía seguía la acción, pero poco después una columna de ejército avanzaba por el monte por otro lado, y los carlistas huían á la desbandada hacia Francia.



CAPÍTULO V

DONDE LA HISTORIA MODERNA REPITE EL
HECHO DE LA HISTORIA ANTIGUA

FUERON Martín y Catalina en su carricoche á Saint Jean Pied de Port. Todo el grueso del ejército carlista entraba, en su retirada de España, por el barranco de Roncesvalles y por Valcarlos. Una porción de comerciantes se había descolgado por allí, como cuervos al olor de la carne muerta, y compraban hermosos caballos por diez y doce duros, espadas, fusiles y ropas á precios ínfimos.

Era un poco repulsivo ver esta explotación, y Martín, sintiéndose patriota, habló de la avaricia y de la sordidez de los franceses. Un ropavejero de Bayona le dijo que el negocio era el negocio y

que cada cual se aprovechaba cuando podía.

Martín no quiso discutir. Preguntaron Catalina y él á varios carlistas de Urbia por Ohando, y uno le indicó que Carlos, en compañía del Cacho había salido de Burguete muy tarde porque estaba enfermo.

Sin atender á que fuera ó no prudente, Martín tomó en el carricoche por el camino de Arneguy; atravesaron este pueblecillo que tiene dos barrios, uno español y otro francés, en las orillas de un riachuelo, y siguieron hasta Valcarlos.

Catalina al ver aquel espectáculo quedó horrorizada. La estrecha carretera era un campo de desolación. Casas humeando aún por el incendio, árboles rotos, zanjas, el suelo sembrado de municiones de guerra, cajas, correas de artillería, bayonetas torcidas, instrumentos musicales de cobre aplastados por los carros...

En la cuneta de la carretera se veía un muerto medio desnudo sin botas, con el cuerpo cubierto por hojas de helechos; el barro le manchaba la cara.

En el aire gris una nube de cuervos avanzaba en el aire, siguiendo aquel ejército funesto, para devorar sus despojos.

Martín, atendiendo á la impresión de

Catalina, volvió prudentemente hasta llegar de nuevo al barrio francés de Arneguy. Entraron en la posada. Allí estaba el extranjero.

—¿No le decía á Vd. que nos veríamos todavía?—dijo éste.

—Sí. Es verdad.

Martín presentó á su mujer y los tres reunidos esperaron á que llegaran los últimos soldados.

Al anochecer, en un grupo de seis ó siete, apareció Carlos Ohando y el Cacho.

Catalina se acercó á su hermano con los brazos abiertos:

—¡Carlos! ¡Carlos!—gritó.

Ohando quedó atónito al verla; luego, con un gesto de ira y de desprecio añadió:

—Quítate de delante. ¡Perdida! ¡Nos has deshonrado!

Y en su brutalidad escupió á Catalina á la cara. Martín, cegado, saltó como un tigre sobre Carlos y le agarró por el cuello.

—¡Canalla! ¡Cobarde!—rugió.—Ahora mismo vas á pedir perdón de rodillas á tu hermana.

—¡Suelta! ¡Suelta!—exclamó Carlos ahogándose.

—¡De rodillas!

—¡Por Dios, Martín! ¡Déjale!—gritó Catalina.—¡Déjale!

—No, porque es un miserable, un canalla cobarde y te vá á pedir perdón de rodillas.

—No—exclamó Ohando.

—Sí—y Martín le llevó por el cuello arrastrándole por el barro hasta donde estaba Catalina.

—No sea Vd. bárbaro—exclamó el extranjero.—Déjelo Vd.

—¡A mí, Cacho! ¡A mí!—gritó Carlos ahogadamente.

Entonces, antes de que nadie lo pudiera evitar, el Cacho, desde la esquina de la posada, levantó su fusil, apuntó; se oyó una detonación y Martín, herido en la espalda, vaciló, vaciló, soltó á Ohando y cayó en el camino.

Carlos se levantó y quedó mirando á su adversario. Catalina se lanzó sobre el cuerpo de su marido y trató de incorporarle. Era inútil.

Martín tomó la mano de su mujer y con un esfuerzo último se la llevó á los labios.—¡Adiós!—murmuró débilmente, se le nublaron los ojos y quedó muerto.

Así hacía cerca quinientos años había matado también á traición Velche de Micolalde, deudo de los Ohandos, á Martín López de Zalacaín.

Catalina se desmayó al lado del cadáver de su marido. El extranjero con la gente de la fonda le atendieron. Mientras tanto unos gendarmes franceses

persiguieron al Cacho, y viendo que éste no se detenía le dispararon varios tiros hasta que cayó herido.

El cadáver de Martín se llevó al interior de la posada y estuvo toda la noche rodeado de cirios. Los amigos no cabían en la casa. Acudieron á rezar el oficio de difuntos el abad de Roncesvalles y los curas de Arneguy, de Valcarlos y de Zaro.

Por la mañana se verificó el entierro. El día estaba claro y alegre. Se sacó la caja y se la colocó en el coche que habían mandado de San Juan del Pie del Puerto. Todos los caseros de los caseríos propiedad de los Ohandos estaban allí; habían venido de Urbia á pie para asistir al entierro. Y presidieron el duelo Briones, vestido de uniforme, Bautista Urbide y Capistun el americano.

Y las mujeres lloraban.

—Tan grande como era—decían—¡y nosotras le hemos conocido de niño!

El cortejo tomó el camino de Zaro y allí tuvo fin la triste ceremonia.

Meses después Carlos Ohando entró en San Ignacio de Loyola; el Cacho estuvo en el hospital en donde le cortaron una pierna y luego fué enviado á un presidio francés; y Catalina, con su hijo, marchó á Zaro á vivir al lado de la Ignacia y de Bautista.



CAPÍTULO VI

LAS TRES ROSAS DEL CEMENTERIO DE ZARO

ZARO es un pueblo pequeño, muy pequeño sentado sobre una colina. Para llegar á él se pasa por un camino en algunas partes muy hondo, al cual los arbustos frondosos forman en verano un túnel.

A la entrada de Zaro, como en otros pueblos vasco-franceses, hay una gran cruz de madera, muy alta, pintada de rojo con diversos atributos de la pasión, un gallo, las tenazas, la lanza y los clavos. Estas cruces bárbaras con estrellas y corazones grabados en negro dan un carácter sombrío y trágico á las aldeas vascas.

En el vértice del cerro donde se

asienta Zaro, en medio de una plazoleta estrecha y larga se yergue un inmenso nogal copudo, con el grueso tronco rodeado por un banco de piedra.

Una de las casas que forman la plaza es grande, con pórtico espacioso, alero avanzado y varias ventanas cubiertas por persianas verdes. Sobre el escudo que se ostenta en el arco de la puerta, se ve escrita la fecha en que se edificó la casa, y unas palabras en latín indicando quien la hizo:

Bacalareus presbiterus Urbide

Hoc domicilium fecit in lapide.

En un extremo de la plazoleta se levanta la iglesia pequeña, humilde, con su atrio, su campanario y su tejadillo de pizarra.

Rodeándola sobre una tapia baja se extiende el cementerio.

En Zaro hay siempre un silencio absoluto, casi únicamente interrumpido por la voz cascada del reloj de la iglesia, que da las horas de una manera melancólica con un tañido de lloro.

En el reloj de la torre de otro pueblo vasco, en Urruña, se lee escrita esta triste sentencia: *Vulnerant omnes, ultima necat*; Todas hieren, la última acaba. Mejor todavía la triste sentencia podría estar escrita en el reloj de la torre de Zaro.

En el cementerio, alrededor de la

iglesia, entre las cruces de piedra brillan durante la primavera rosales de varios colores, rojos, rosas y amarillos, y azucenas blancas de aspecto triste.

Desde este cementerio se ve un valle extensísimo, un paisaje amable y pastoril. El grave silencio que reina en el campo santo apenas lo turban los débiles rumores de la vida del pueblo.

De cuando en cuando se oye el chirriar de una puerta, el tintineo del cerro de las vacas, la voz de un chiquillo, el zumbido de los moscones... y de cuando en cuando se oye también el golpe del martillo del reloj, voz de muerte apagada, sombría, que tiene en el valle un triste eco.

Tras de estas campanadas fatídicas, el silencio que viene después parece un tierno halago.

Como protesta de la eterna vida, en el mismo camposanto las malas hierbas crecen vigorosas, dan un olor acre en el crepúsculo tras de las horas de sol y se extienden robustas por el suelo; pían los pájaros y los gallos lanzan al aire su cacareo valiente como un desafío.

La vista alcanza desde allá un extenso panorama de líneas suaves, de intenso verdor, sin rocas adustas, sin matorrales sombríos, sin nada duro y salvaje. Los pueblecillos blancos duermen sobre las heredades, las carretas

rechinan en los caminos, los labradores trabajan con sus bueyes en los campos y la tierra fértil y húmeda reposa bajo la gran sonrisa del cielo y la inmensa piedad del sol...

En el cementerio de Zaro hay una tumba de piedra, y en la misma cruz escrito con letras negras dice en vasco:

AQUÍ YACE
MARTÍN ZALACAÍN
MUERTO Á LOS
24 AÑOS
†
EL 29 DE FEBRERO DE 1876

Una tarde de verano, muchos años después de la guerra, se vió entrar en el mismo día en el cementerio de Zaro á tres viejecitas vestidas de luto.

Una de ella era Linda; se acercó al sepulcro de Zalacaín y dejó sobre él una rosa negra; la otra era la señorita de Briones y puso una rosa roja. Catalina que iba todos los días al cementerio vió las dos rosas en la lápida de su marido y las respetó y depositó junto á ellas una rosa blanca.

Y las tres rosas duraron mucho tiempo lozanas sobre la tumba de Zalacaín.



CAPITULO VII

EPITAFIOS



En aquí el epitafio que improvisó el versolari Echehun de Zugarramurdi en la tumba de Zalacaín el Aventurero:

Lur santu ontan dago
Martin Zalacain ló
Eriotzac hill zuen
Baran salvatucó
Eliz aldeco itzalac
Gorde du beticó
Bere icena dedin
Honratu gaur guero
Auzzena Euscal Erria
Gloriya erriraco.

(En esta santa tierra está durmiendo Martín Zalacaín. La muerte lo hirió,